

poder resistir, se metieron cuantos pudieron en cuarenta galeras que habia en el puerto, y se alejaron con precipitacion de la ciudad. Al dia siguiente supieron que el residuo de sus hermanos, imposibilitados de la fuga por su edad, sexo ó salud, habian sido abrasados con inhumanidad en sus mismas casas en número de siete á ocho mil, y que todo el cuartel quedaba reducido á pavesas. No perdonaron los fanáticos á las mismas iglesias: los lugares mas sagrados fueron presa de las llamas con todos los desgraciados que buscaron en ellos refugio. Los clérigos y los monges no fueron distinguidos sino por la crueldad refinada con que los trataron.

El furor no se limitó á atormentar á los vivos. Arrastraron ignominiosamente á los muertos por la ciudad: llegaron á desenterrar para el propio efecto á los que ya estaban enterrados. Tenian un hospital en Constantinopla los caballeros de San Juan de Jerusalem, y todos los enfermos que habia en él fueron pasados á cuchillo. Los mas ardientes en apresurar la mortandad eran los sacerdotes y los monges griegos; recorrian todas las casas, registraban los parages mas recónditos, entregaban los desgraciados fugitivos á la inhumanidad de los asesinos, á quienes saciados ya y aun cansados de la carnicería, procuraban estimular con el aliciente del oro. Los mas humanos entre los griegos vendieron á los infieles los que se habian refugiado en sus casas con promesa de salvarlos. Hasta cuatro mil de estos esclavos de todas condiciones se cuentan que fueron de este modo víctimas de la pro-

fanacion del juramento y de la hospitalidad. Los excesos de los griegos contra los latinos establecidos en Constantinopla, son tanto mas dignos de execracion, cuanto las familias de las dos naciones estaban digámoslo así confundidas por la multitud de sus alianzas reciprocas; pero las represalias de que se sirvieron los latinos escapados en las galeras, hacen dudar si ellos ó los primeros agresores se hicieron culpables de mayores atrocidades.

Entró en Constantinopla Andrónico, precedido de estos horrores, donde era ya señor absoluto, como tambien en todo el imperio: rindió no obstante todos los honores al jóven Emperador Alejo, y le hizo coronar junto con Ines de Francia su futura esposa. Para acreditar que le tenia el mayor respeto, le llevó á la iglesia sobre sus hombros derramando lágrimas, y dándole todas las muestras del afecto mas tierno. Siguióse á esta ceremonia la muerte de la Emperatriz María, madre de Alejo. El autor de su muerte fue Andrónico, mandándola ahogar despues de haber reducido al Emperador á que firmase la orden. Algun tiempo despues le obligó á asociarle en el imperio; y en la ceremonia de la coronacion se hizo nombrar antes que el jóven Emperador, con pretesto de que era indecente que un niño precediera á un anciano. Celebróse la misa, recibieron ambos la comunión, y entre la recepcion del pan consagrado y la del cáliz, Andrónico juró por el cuerpo y la sangre del Señor, que no entraba á la participacion del imperio mas que para aliviar al jóven Emperador, y

pocos dias despues le mandó dar la muerte. Ahogaron por la noche al desgraciado Alejo con la cuerda de un arco, y luego llevaron el cadáver al pérfido tirano, que le dió de puntillones en los costados, vomitando mil injurias contra toda su familia. Dijo que su padre habia sido un perjuro, su madre una deshonesta, y él un necio. Mandó despues cortarle la cabeza para guardarla, y arrojaron al fondo del mar el resto del cuerpo encerrado en una caja de plomo. De este modo acabó en el mes de Octubre de 1183 el Emperador Alejo II, antes de cumplir los quince años de edad.

6. El parricida espermentó al cabo de dos años un tratamiento aun mas horrible. Despues de otros mil atentados de una tiranía detestable, habiendo pretendido encerrar á Isaac Angelo, yerno del Emperador Alejo, alzóse una sedicion que puso á Isaac sobre el trono. Huyó Andrónico por mar; mas le prendieron, y cargado de cadenas fue conducido á Isaac, quien le abandonó á la discrecion del populacho. Por espacio de muchos dias consecutivos fue juguete de todo un pueblo que le odiaba, y sobre todo de las mugeres á cuyos maridos habia mandado matar ó sacar los ojos. Muchos dias duró su suplicio, en los cuales sufrió toda suerte de ultrages y todo género de tormentos que podian esperarse de un populacho de suyo feróz, y que no consultaba sino á su venganza. Por último, lleváronle al teatro, donde le colgaron por los pies, y no cesaron de ultrajarle hasta que exhaló el postrer aliento.

Tal fue el fin funesto que en 12 de Setiembre de 1185 tuvo el Príncipe mas abominable de cuantos menciona la historia. En su figura estaba tan bien pintada la atrocidad de su carácter, que el Emperador Manuel entrevió por ella todo el mal que causaría al imperio. Su mirada era feróz, los ojos y las cejas de un hombre sumergido en sus pensamientos atrabiliarios y en sus malos proyectos, su andar era altanero, su aire artificioso cuando queria componerle, pero fuera de esto feróz y brutal. Sufrió al parecer su desgracia con una firmeza cristiana, y no dijo otra cosa en la continuación de sus tormentos que estas palabras edificativas: *Señor, compadeceos de mí.*

7. Substituidos los cristianos occidentales á los orientales de Siria y de Palestina, se condujeron tambien con frecuencia de una manera que no hizo menor perjuicio á la Religion, que los escándalos de la Grecia. Amalarico, patriarca latino de Jerusalem, que murió en el mismo año que el Emperador Manuel Comneno, fue casi inútil á su iglesia por sus cortas luces. Su sucesor Heráclio, antes arzobispo de Cesarea, ofendió infinitamente á la Religion con el escándalo de su incontinencia (1). Se hallaba tan vergonzosamente avasallado por sus pasiones, que mantenía en público una muger cuyos adornos y cuya inmodestia no permitian mirar su amistad ni aun como equívoca. Al verla el pueblo pasar por las calles, la nombraba altamente la patriarquesa. En la elec-

(1) *Sanut. III. Fidel. cruc. par. 6. cap. ult.*

cion de este prelado vicioso prorumpieron: *el Emperador Heraclio recobró la cruz, y el patriarca Heraclio la hará perder.* El suceso confirmó tan triste augurio.

Precipitábase ya hácia su ruina el reino de Jerusalen que acababa de despojar á la Europa de combatientes (1). Para establecerle se aprovecharon los francos de la division de los infieles, que repartian el oriente en una multitud de estados, zelosos unos de otros. Noradin, hijo de Sanguin ó Zenghi, turco selyucida de la estirpe de los sultanes de Alepo, habiéndose apoderado de los estados del sultan de Damasco, y puesto coto por medio de sus lugar-tenientes á la dominacion de los califas de Egipto, hizo sentir desde luego á los cruzados el peso de tantas fuerzas juntas, y les quitó el condado de Edesa; pero Saladino, hombre mas grande aun y mas tranquilo poseedor de la vasta dominacion que habia verdaderamente usurpado, sacó un partido del todo distinto contra los cristianos de Palestina.

8. Era este famoso sultan de la nacion de los curdos diseminados en las montañas que dividen la Siria de la Persia. Fue siendo jóven enviado con su tio Siracon á Abhed, califa de Egipto, que habia pedido á Noradin auxilios contra los francos. Obligó á Abhed despues de la muerte de Siracon á que le nombrase su visir. Muerto tambien este califa, el último de los fatimítas, tomó Saladino posesion del Egipto en nombre de Noradin: pero tan solo le dejó el va-

(1) *Guil. Tyr. lib. 21. cap. 6. et seq.*

no título de Soberano de esta bella conquista, guardando para sí toda la autoridad. Espidió Noradin órdenes, y fulminó amenazas para reducir al usurpador: todo fue en vano, pues la muerte le arrebató cuando se disponia á pasar á Egipto para castigar su rebellion. Tomó al punto Saladino el título de sultan de este hermoso reino, y poco satisfecho con haber despojado de él á la familia de su Soberano, le quitó sucesivamente los de Damasco y de Alepo. Con todo, despues de haber establecido su poder por la rebellion, la injusticia y la ingratitude, se señaló por la sabiduría de su gobierno, por su beneficencia magnífica y por una exacta fidelidad á su palabra. He aquí la amalgama impura de las virtudes que solo tienen por base y norma la ostentacion ó las inclinaciones naturales.

Parecia que los cristianos de Siria habian olvidado las máximas puras del Evangelio. La corrupcion de sus costumbres habia enervado su valor, y así éste habia llegado á ser raro en un estado que solamente podia sostenerse con el heroismo. Hallábanse los negocios desde el tiempo del Rey Amalrico en un estado lamentable, segun vemos por una carta de este Principe al Rey Luis el jóven. Aun aconteció peor bajo el reinado de Balduino IV, Principe jóven que apenas contaba trece años, y atacado por otra parte de una enfermedad molesta que vino á ser lepra. No dejó de marchar despues de cuatro años de reinado, en 1177, al socorro de Ascalon, sitiada por Saladino, que fue del todo derrotado. Mas en

el año siguiente, por la falta del conde de Trípoli, sospechoso de inteligencia con los infieles, el sultan sorprendió á Balduino en unos desfiladeros, dispersó todo su ejército, y poco faltó para hacerle prisionero. Venció también Saladino á los cruzados en 10 de Abril de 1179, y tomó la fortaleza del vado de Jacob, llamada así por el lugar en que se creyó que aquel patriarca había pasado el Jordan volviendo de Mesopotamia, y que fue edificada para oponerse á las guarniciones de las plazas inmediatas y á las incursiones de los árabes. Para cúmulo de desgracia, la lepra de Balduino empeoró: quedó ciego é incapáz de mandar. Así fue preciso elegir un regente para el reino, y al propio tiempo un tutor para el sobrino del Rey, quien viéndose sin posteridad, había nombrado á este jóven Príncipe por su sucesor, y le hizo coronar á la edad de siete años. Tales contratiempos fueron causa de una agitación y unos trastornos que anunciaron la cercana ruina del reino.

Llegando al occidente estas tristes noticias, escribió el Papa Alejandro dos cartas circulares (1): una á los Príncipes y á los pueblos, y otra á los prelados á fin de escitar un vivo interés en favor de los cristianos de levante; entre quienes, dice, faltan grandes ánimos y buenos consejos. El Papa permite para este caso á aquellos que tuviesen necesidad de recibir prestado para el viage á los santos lugares, empeñar sus herencias á los eclesiásticos, mas única-

(1) *Alex. ep. 59. et 60.*

mente en caso de rehusarlo sus parientes, ó los señores de los feudos. Fueron apoyadas estas cartas por los caballeros del Temple y de San Juan, los cuales las presentaron á los Monarcas de Francia y de Inglaterra que se hallaban juntos para una conferencia en la provincia de Normandía. Mostráronse los dos Reyes conmovidos en gran manera, y prometieron enviar poderosos auxilios; pero las promesas á lo que parece no fueron despues cumplidas.

9. Los nuevos maniqueos, cuyos conventículos escandalizaban hacia mucho tiempo algunas ciudades particulares, principiaron á formar crecidas asociaciones en muchos países, y en particular en las provincias meridionales de la Francia. Reuniéronse en concilio en el año de 1176 los obispos de la provincia de Narbona para juzgar á una cuadrilla de estos hereges que se hacian llamar los hombres buenos (1). Quedó probado por diversos interrogatorios, que despreciaban el antiguo Testamento, y que no creían que los niños se salvaran por el bautismo: creían al contrario que todo hombre de bien, tanto clérigo como lego, consagraba el Sacramento de nuestros altares, y que podia hacerse la confesion indistintamente con los sacerdotes y con los legos: que la confesion era bastante, sin necesitarse la satisfaccion de los ayunos y demás obras de penitencia: que los que estaban ordenados sacerdotes ú obispos sin las cualidades que exige San Pablo, no eran ni obispos ni sacerdotes: que el matrimonio era malo, y

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 1470.*

el juramento prohibido en todo caso sin ninguna escepcion. Pronunció Gaucelino, obispo de Lodeve, contra estos hereges la sentencia de excomunion, á la que subscribieron los demás obispos y los señores que habian asistido á la asamblea; y en su consecuencia se prohibió á la nobleza darles proteccion alguna.

10. Los mismos hereges con el nombre de catáros causaron hasta la muerte vivos temores á San Galdin, arzobispo de Milan (1). Introdujéronse en Lombardia á favor del cisma que por tanto tiempo asoló aquella provincia; mas se mantuvieron en ella é hicieron nuevos progresos despues que fue restablecida la union. El santo arzobispo que no cesaba de temer por la fe de su pueblo, esforzóse hasta el último aliento en prevenirle contra la seduccion. Fue el mismo dia que espiró á la iglesia de Santa Tecla; pero sus pocas fuerzas no le permitieron celebrar la misa: mandó que la cantase el tesorero de la catedral, y reuniendo las débiles fuerzas que le quedaban, subió al púlpito antes del Evangelio y pronunció un sermón en que probó con solidéz la fe católica por las divinas Escrituras y por los santos doctores. Despues de esto se encontró tan estenuado, que fue preciso tenderle suavemente en el mismo púlpito. Allí dió su espíritu al concluir la misa, y fue sepultado bajo el púlpito en memoria de la perseverancia de su celo. El Señor obró en su sepulcro infinitas maravillas.

(1) *Boll. ad 18. Apr.*

11. Hízose forzoso en el año 1181 marchar contra los albigenses, ó nuevos maniqueos. Sostenidos por muchos caballeros y por algunos señores poderosos del pais de Tolosa; unidos por otra parte, á pesar de su fingida rigurosidad, con los bandidos tan detestados bajo el nombre de corterales, habian cometido ya cerca de Tolosa los mayores excesos. En dos palabras forma Estévan, abad de Santa Genoveva en París, enviado por el Rey á aquella ciudad, un cuadro espantoso de estos desórdenes (1). „He visto, dice, en todas partes las iglesias quemadas y arruinadas hasta los cimientos: he visto habitaciones transformadas en antros habitados por animales.” Henrique, que de abad de Claraval habia subido á cardenal obispo de Albano, y que se hallaba legado de la santa Sede en Borgoña, marchó contra estos temibles sectarios con un crecido ejército. Tomó el castillo de Levaux, que en el dia es ciudad episcopal; y obligó al conde de Beziers y á otros muchos señores á abjurar la heregia.

Habiase esta disfrazado lo mejor que pudo en el concilio de Albi, y solo á fuerza de interrogatorios y de inducciones sacadas de la confesion equívoca de los culpados pudo descubrirse. Habiéndoles concedido los señores de acuerdo con los obispos toda la seguridad posible y una plena libertad de esplicarse, vomitaron todos los horrores que encubrian en su seno. Súpose que los sectarios despreciaban, como otras tantas abominaciones, cuanto la iglesia romana ense-

(1) *Steph. Tornac. ep. 79.*